

“EL MAR LLEGABA HASTA AQUÍ”

Alex Pler

lleonardpler@yahoo.es

PRESENTACIÓN

“¿Y ahora qué?”. Leo no deja de preguntárselo tras dar un portazo. Es el vértigo que sigue a toda ruptura. Después de siete años amoldándose a otro hombre, Leo se embarcará en la mayor de las aventuras: descubrirse a uno mismo. Pieza a pieza. *El mar llegaba hasta aquí* (80.400 palabras) narra su aprendizaje: desde un soltero desorientado y resentido hasta alguien que aceptará todo lo vivido, bueno o malo. Antes tendrá que enfrentarse a los retos de un mundo que se aproxima a su final.

La novela es una fábula urbana en la línea de autores como Haruki Murakami, con el añadido de apostar por el optimismo. Las escenas realistas en entornos reconocibles de Barcelona, Madrid y Granada se mezclan con elementos fantásticos, como una lluvia que lo aplasta todo y unos cohetes despegando hacia un destino incierto. De telón de fondo, la amistad de dos chicos que se gustan, pero no lo suficiente.

El público al que está dirigido el libro tiene entre 25 y 35 años, vive en grandes ciudades y conoce bien lo que es atravesar un proceso de cambios drásticos. A lo largo del libro, abundan las referencias a la cultura pop actual: canciones, películas, videojuegos, series de televisión americanas, redes sociales... El protagonista es un hombre que se enamora y se acuesta con otros hombres, algo que trata con naturalidad en todo momento. No es el eje de la historia sino una característica más.

Se trata de mi primera novela, pero siempre he tenido contacto con los libros y desde hace 8 años, dirijo la librería Haiku, especializada en literatura japonesa. Mi blog *Sombras de Neón* recibe una media de 8.000 lectores mensuales y en él comparto reflexiones, relatos y valoraciones de los libros, discos y películas que me inspiran. Gracias a la experiencia del blog, descubrí que a la gente le gusta leer historias positivas de superación personal y eso fue lo que me animó a escribir este libro.

MUESTRA DE ESCRITURA

“EL MAR LLEGABA HASTA AQUÍ”

Alex Pler

CAPÍTULO 1: BARCOS

Un portazo, una maleta y un rellano. Así terminan todas las historias. También la mía con Pablo. Lo más difícil, dejarle, ya estaba hecho. Con ese paso, empezaba un viaje sencillo: solo tenía que salir a la calle de nuevo y atravesar esa lluvia que no terminaría nunca. Llegar a alguna parte. Se escuchaba todavía el eco de nuestros gritos a lado y lado de la nevera, pero acabarían desapareciendo, lo sabía muy bien. Se evaporarían igual que los besos de buenas noches y las ganas de viajar, porque sí, en eso nos habíamos convertido Pablo y yo, al final, una historia, otra más. Siete años de relación que en adelante se podrían resumir con un par de frases, antes de cambiar de tema.

Y ahora qué, me pregunté al mojarme.

Seguía preguntándomelo después, ya en Granada. Lejos de Barcelona, lejos del piso de Pablo. En la huida, solo mi maleta me había seguido. Me vigilaba desde un rincón de la habitación de hotel, ese hueco entre el armario y la pared que ni el mejor de los decoradores sabría cómo llenar jamás. Había tenido que encajarla ahí porque no cabía en ningún otro sitio.

Le di la espalda y descorrí las cortinas. Típico gesto de turista cogiendo fuerzas para empezar el día. Iba todavía en calzoncillos, algo anquilosado tras esa primera noche en una cama demasiado ancha. No sabía qué me iba a encontrar al otro lado de la ventana. Sentía tanta curiosidad como miedo. Quizá solo habría una pared de ladrillos o, con suerte, un balconcito con tiestos y geranios.

—Ya nadie quiere ir a Granada.

Eso había dicho el taquillero de la estación de Sants. Y menos con esta lluvia, añadió, la gente prefiere ver otras ciudades antes de que todo termine. Casi le había

creído. Pero en cuanto descorrí las cortinas y abrí la ventana, supe que me había mentido. Allí delante, dándome los buenos días, estaba la Alhambra.

Parecía irreal en medio del chubasco. Una aparición. Atrezzo demasiado obvio, igual que la Torre Eiffel en todas las películas que pasaban en París, como si París no fuera más que esa mole metálica emergiendo entre los edificios. No la había visto al llegar la noche antes; empapado como iba, solo pude fijarme en la puerta del hotel, el timbre, el mostrador.

Por fin entendía que me hubieran cobrado 140 euros por la habitación. Esas vistas bien lo valían, claro, pero por la mañana, ya seco, sin las mismas ansias por encontrar un refugio, no me entraba en la cabeza que hubiese pagado sin rechistar siquiera. Debería haberme escandalizado un poco; ofrecer, al menos, la tarjeta de crédito con dedos temblorosos. Con mi sueldo de teleoperador, a mí incluso los mileuristas me parecían ricos. Y peor iba a ser, a partir de entonces: Pablo ya no me ayudaría con el alquiler ni me invitaría a las palomitas del cine.

La mujer de recepción pronunció el precio como quien dejaba caer el típico nunca dejará de llover, eh, al entrar en el ascensor. No intentó justificarlo ni hacerlo más llevadero con una ampliación de su sonrisa. Con las uñas cortó el aire para indicar cada una de las casillas del formulario que tenía que rellenar.

—Aquí, aquí y aquí.

Era la dueña y me debía de considerar otro de sus clientes bohemios, esos que recalaban en el hotel para disfrutar de aquel paisaje y no otro. Se registraban a horas intempestivas, calados hasta los huesos, el pelo desordenado y húmedo; a cuestas, solo una pequeña maleta y el corazón roto, imprescindible para pintar una serie de cuadros trágicos. Sabía que pagaríamos lo que ella pidiera. Dejé de importarle en cuanto cogí la llave de mi habitación.

Aquel vestíbulo suponía todo un cambio tras las estaciones y el tren de las últimas doce horas. Azulejos en las paredes; en un rinconcito, el siseo de una fuente. Hasta la llave de la habitación tenía su encanto, pulida y con el punto justo de óxido para que pareciera la llave de un castillo. Cada detalle me daba la bienvenida a una Granada

de cuento, pero yo, en vez de sentirme acogido, conté de camino al ascensor todos los jarrones y estatuas a lado y lado, todas las cosas que podía romper.

—Cuidado con eso.

La frase estrella de Pablo. Jamás la usó al principio, cuando me invitaba a cenar y cada velada era romántica. El día que me fui a vivir con él, en cambio, la soltó en cuanto crucé la puerta. Con permiso, había dicho yo, un paso tímido en el recibidor. Y entonces golpeé algo con la mochila, sin querer, una mesita que nunca había estado ahí. Me volví al oír la advertencia de Pablo, casi abalanzándome ya hacia el buda de porcelana que estuviera cayéndose. No caía ningún buda, no había nada en peligro; sobre la mesita, descansaban sanos y salvos una bandeja de plástico para las llaves y un ejemplar atrasado de una revista de tendencias.

—Regalo de mi ex —dijo. Y no supe si se refería a la bandeja o a la revista.

Fue la primera de muchas veces que me sentí inferior, un polizone en medio de aquel museo repleto de reliquias. Hiciera lo que hiciera, siempre estaría a punto de romper algo. Procuraba encender todas las luces y caminar a tientas, pero no bastaba. Tenía a Pablo siempre detrás. Era su piso y eran sus cosas, no dejaba de recordármelo. Cuidado con esto, cuidado con lo otro. Resoplaba en mi nuca, como cuando nos hacían escuchas en el trabajo para el control de calidad.

Por eso, cuando me fui, lo hice dando un portazo, de los que se te escapan cuando hay corriente, pero en este caso a sabiendas de la fuerza. Con toda la intención. Deseé que se estampase todo contra el suelo: la colección de tazas, su estuche para las lentillas y las figuras de Batman heredadas de un antiguo ligue, todos los discos de Kylie, de la que se hizo fan gracias a un segundo amor inolvidable.

Ya en la calle, se me ocurrió la frase que debería haberle soltado a Pablo. Que, como era su piso, podía metérselo por el culo. No tendría el mismo efecto si subía a decírsela ahora. Sonaría desesperada, una ocurrencia a destiempo; de hecho, lo era. Mejor esperar unos días. Para entonces, cuando volviera a recoger el resto de mis cosas, igual se me había ocurrido una frase mejor.

Me refugié en un portal de Drassanes. De noche, la zona me gustaba incluso menos que durante el día. Todo era gris y el agua bajaba en tromba. La lluvia sucia, las hojas, los calendarios arrancados y todos los peces que el agua arrastraba consigo: se precipitaban juntos al final de la calle, un último salto al vacío, como los Lemmings. Sentado como estaba, no podía mover el cursor por la pantalla para construir muros con los que detener a los animales suicidas.

Se distinguían a lo lejos las luces de muchos barcos a la deriva. Y de alguna parte, quizá un balcón, camuflada con las olas, llegaba música. Tan débil que al principio pensé que mi iPod se había encendido sin querer dentro del bolsillo. Pero no. Venía de otro sitio. Entonces empezó *Desolado* de Pastora. La tarareé. Apenas se escuchaba la letra, pero yo me la sabía de memoria. “Di tantas vueltas que perdí el rumbo.” Hay veces que las canciones llegan a traición para resaltar lo evidente. A Pastora se lo perdoné. Como siempre con ellos, me sentía un poquito menos solo.

En teoría, tenía que pasar la noche en casa de mis padres. Me habrían preparado, seguro, sábanas limpias en mi habitación de siempre, la de antes de Pablo, con los peluches y los pósters de películas ochenteras que nunca se reeditarán en Blu-ray. Aún no podía enfrentarme a todo aquello, tampoco darles explicaciones. Madre me lanzaría su mirada de te lo dije, aunque en realidad nunca me hubiera dicho nada. Ella adoraba a Pablo. Los domingos, cuando íbamos a comer, solo a él le daba permiso para repetir sus famosos fetuccini. Y me aterraba lo que pudiera preguntar Padre. Así que les mandé un mensaje. Que no se preocuparan.

Pensé en llamar a Marta, pero ya era muy tarde y vivía muy lejos, no merecía la pena despertarla. Tampoco iba a llamar a Javi, claro; a estas horas, estaría dándolo todo en el podio de Arena o bien ensartado en una sauna.

Pasaron las horas. Tanto creció la corriente que temí por mis zapatos, pronto se los llevaría junto a todo lo demás. Y descalzo, dónde iría. Así que reaccioné. Me puse en pie de un salto. No podía seguir allí. Eché a correr hacia el metro, correr hasta Sants, correr escaleras arriba, la maleta contra cada escalón, correr vestíbulo a través. Correr para sentir que sabía adónde me dirigía.

Pedí un billete, para el primer tren que salga, dije, y el primero resultó ser el de Granada, esa ciudad a la que por lo visto ya nadie quería ir. Tras la advertencia, el taquillero me sostuvo la mirada, convencido de que iba a cambiar de opinión. Le arranqué el billete de las manos y me alejé de él lo más rápido que pude.

Fui el único pasajero de todo el vagón. No había obstáculos en el pasillo, ninguna bolsa con la que tropezar, ningún niño llorando. Los televisores parpadearon para poner una antigua comedia romántica de Sandra Bullock que nadie miró. En algún momento, el revisor se asomó por la puerta, pero no llegó a entrar. No me habrá visto, pensé.

En el iPod, sonaba *Hombres*. Fangoria siempre tan oportunos, también. “Hay hombres que ocultan la verdad, hay hombres que roban.” Me acurruqué en el asiento. El libro que llevaba para el viaje lo había comprado al azar y me daba cuenta de que también con un poco de mala leche: *El amor dura tres años*. Siete, en mi caso, pero se sentían igual de escasos. Tirados a la basura.

—Nadie aguantaría tanto si no es feliz —me había dicho Marta, semanas atrás, en pleno gabinete de crisis—. Hubo cosas buenas, muchas. Has crecido con Pablo.

No la escuché. Necesitaba desapuntalar la magia, acumular motivos para el inminente portazo. Más adelante, suponía, me quedaría con todo lo que aprendí, los buenos momentos compartidos, pero ahora, huyendo en aquel tren vacío, pasé página tras página de la novela, y lo hice con rabia, casi arrancándolas. “Hay quien no tiene suerte y prefiere engañarte, sabiendo lo fácil que resulta ganarte.” Había aprendido la lección. No merecía la pena confiar en los hombres, no lo haría más, no me volvería a ocurrir. Me lo juraba y perjuraba. Cada ruptura tiene que ser la última piedra, no otra más en una interminable playa rocosa.

Volvía a sonar Fangoria. En bucle. Lo había cargado mal, el iPod. Por eso no llevaba más canciones. Fue un regalo de Pablo y durante los primeros días ni siquiera lo utilicé, me sentía culpable porque yo jamás podría regalarle algo tan caro. Después, nunca me esforcé en aprender a actualizarlo. Lo desenchufaba antes de tiempo. Pablo se ofreció a ser el encargado de renovármelo y en adelante, me tuve que conformar con llevar su música. Petardas inglesas, temas de Eurovisión, cosas que solo le gusta-

ban a él. Pero nunca me quejé. Él habría aprovechado la ocasión para recordar lo cerrado de mente que era yo, siempre escuchando lo mismo.

Uno tras otro, el tren paró en pueblos donde no subía nadie, y en todos ellos sopesé apearme y dar media vuelta. Echaba de menos los susurros de Pablo, esos tan suaves cuando se enfadaba porque era demasiado listo para gritar. “Sabes que nunca me iré lejos de ti”, repetía Alaska en el estribillo. Sí, regresaría a Barcelona, escalaría hasta su rellano, desharía el portazo, me arrastraría ante Pablo una última vez aunque en realidad ya no quedase nada que solucionar.

Pero tal y como estaba previsto, el tren me escupió en Granada. Los pies se me hundieron en el agua negra que inundaba el andén. Como pude, tomando impulso con los postes y las papeleras que salían a mi paso, avancé hacia la salida de la estación. Cogí un mapa de un expositor que flotaba en medio del hall.

Ya en el porche exterior, apagué el iPod, enrollé los auriculares, lo guardé. Mi ritual previo a un saludo. No contaba con que esta vez no habría nadie a quien saludar. En Granada nadie me conocía. Ni rastro de Pablo sujetando un cartel con mi nombre, como cuando iba a recibirme al aeropuerto de la ciudad donde estuviera de prácticas aquel verano. Ni rastro de Marta, siempre puntual al recogerme en la parada de autobús de Cadaqués. Ni rastro tampoco de mis abuelos apostados junto a su viejo 600. Bienvenido, cariño, me besuqueaba mi abuela, he hecho rosquillas, toma.

Nadie.

Dos pasos más adelante, se distinguía la frontera entre las baldosas que el porche cubría y las que estaban siempre bajo la lluvia. Empezaba ahí una plaza que podía pertenecer a cualquier rincón del mundo; demasiado ancha, pensada para los coches, aunque a aquellas horas no circulase ninguno. Todas las calles que se alejaban de la plaza parecían iguales, ninguna llevaba a la Granada auténtica.

En fin, me dije, son solo dos pasos. Los di: uno, dos.

Me compraría un mp3 en cuanto volviera a Barcelona. Lo decidí en ese momento, entre un paso y el siguiente. Un aparato sencillo que pudiera renovar yo mismo. Lo

llenaría con toda mi música, la que a mí me gustaba. Sentí aquella decisión como un pequeño triunfo, Napoleón reescribiendo la historia.

Hubo un chispazo. De repente, a lo lejos, una luz verde se movió entre los círculos rojos de los semáforos. Pensé que sería un taxi, aunque no tenía ni idea de cómo eran los taxis en esa ciudad. Enseguida desapareció tras una esquina. Supuse que si un vehículo circulaba por la zona, cerca habría civilización. Un punto por el que empezar a tirar del hilo. Abrí el paraguas y fui hacia allí.

Tuve que tirar de la maleta, tirar y volver a tirar para que la corriente no la arrastrara cuesta abajo. Comprendí a Pablo cuando se quejaba de tener que cargar con dos maletas, la mía y la suya. Pero tampoco me dejaba ayudarlo. Así demostraba que él era más fuerte. Y a mí ya me iba bien porque eso me daba libertad de movimientos; podía señalarle, de camino al hotel, todos los rincones que descubría: mira esa fuente antigua, mañana podríamos comer en la terraza de aquel restaurante, esta calle parece llena de tiendas bonitas. Pablo asentía sin ver nada.

—Sigue caminando. Iremos el último día, si hay tiempo —y no lo habría.

Para Pablo no existían los desvíos. Preparar un viaje con él implicaba semanas enteras de preparativos, no se podía improvisar. Comparaba todas las ofertas según fechas y horarios. Rebuscaba por los estantes de Altaïr hasta dar con el mejor manual de conversación. Compraba dos guías de viaje: una de bolsillo y otra, más cara y más completa, que solo usábamos en casa. Con ella, decidíamos nuestra futura ruta, punto por punto. La marcábamos con bolígrafos de varios colores. Pablo lo reservaba todo y después me tocaba llamar cada lunes a primera hora para confirmar las reservas.

—Nunca se sabe.

Cuando por fin llegábamos al destino elegido, habíamos invertido tanto tiempo planificando el viaje que nos veíamos con el deber de disfrutarlo. Había que correr de un objetivo marcado al siguiente, por orden, siempre sudando. Delante de cada monumento, Pablo me daba cinco segundos, y los contaba, para hacer la foto de rigor. La mayoría me salían movidas.

Tan previsor era Pablo que hasta llevaba un registro de hoteles de las ciudades que aún no habíamos visitado. También de Granada. Y gracias a eso, cuando ya temía por mi maleta, cada vez más mojada, reconocí el peculiar nombre de un hotel en cuanto lo vi anunciado. El llorón de agua. Camuflado entre los árboles de la plaza, un cartel señalaba la dirección.

Registrarme fue fácil. La mujer de recepción no protestó por no tener reserva. Subí y me relajé bajo el chorro caliente de la ducha. Por todo pijama, me puse una camiseta vieja de Madonna y unos calzoncillos, también viejos. La cama aguardaba en medio de la habitación. Era de matrimonio. Odié a Pablo porque incluso el final feliz de mi huida tenía que agradecerse a él. Pero el colchón era mullido y nada más sumergirme en él, me dormí.

Y más hubiera dormido de no ser por el sonido brutal de una aspiradora. Rugió desde la otra punta del pasillo. Ahora la Alhambra me saludaba a través de la ventana. Invitaba a salir y explorar a mis anchas todas esas calles que siempre pensé que recorrería con Pablo, cogidos de la mano.

—Lo siento, las vistas no son las que creía.

Media hora después, dejaba la habitación y así se lo justifiqué a la dueña. No le dije la verdad: que no podía permitirme esos precios. Que no había dejado de dar vueltas en mi trocito de colchón, el lado derecho, sin nadie para equilibrarlo en mitad de la noche.

O que las sábanas me habían recordado a nuestra funda nórdica, la de Pablo y mía, cuando solo era azul y no tenía aún aquellas manchas blancas, casi invisibles, apenas un par de píxeles muertos entre tanto océano. Manchas de semen. Más que suficientes para empezar una guerra.

Las descubrí una mañana cualquiera haciendo la cama. No eran más, eso seguro. Yo me pajeaba en el baño. Más que dolor, sentí sorpresa por la habilidad de Pablo para cuadrar horarios. Qué listo era, qué planificador siempre: sabía en qué horas exactas yo no estaría en casa, y por lo visto, las aprovechaba para sus citas de internet. Me lo imaginé con una tabla de Excel, marcando en verde las franjas libres.

A partir de aquel día, ninguno de los dos quiso cambiar la funda. Él porque decía que era un coñazo y yo porque, si la cambiaba, sería como admitir que había detectado aquellas manchas. Después de tres semanas haciéndonos los locos, la funda se convirtió en una lámina crujiente, como el alga nori del sushi. Delia, la asistente, acabó cambiándola por nosotros. Puso una que olía a suavizante y nos hacía sudar menos. Ni aun así nos libramos de una discusión.

—Está mal puesta. La has dejado toda arrugada por dentro, mira.

Le recordé a Pablo que era lunes, que hoy la cama la había hecho Delia.

—Qué raro. Con lo que le pago, y lo mal que lo hace todo. Podríamos apañarnos solos, te lo digo siempre.

Con lo de apañarnos solos se refería, claro, a que todo lo hiciera yo.

—No he dicho eso. No tergiverses, eh, que eso no lo he dicho.

Pero en el fondo lo pensaba. Que como yo pasaba mucho más tiempo en casa, para compensar, tenía que encargarme de limpiar su mierda. La poesía del principio y el realismo sucio del final. Todos los te quiero habían desembocado en discusiones acerca de sábanas mal puestas y cuartos de baño sin fregar.

En los inicios, cada cita parecía un anuncio de condones. Nos comunicábamos a base de sexo, los enfados se diluían en cuanto nos quitábamos la ropa. Me apetecía follar a todas horas. Y a él también. Luego llegaron los exámenes y las prácticas y el máster y los trabajos de auxiliar administrativo. Teníamos menos tiempo para nuestros revolcones, pero hacíamos lo posible para mantener el deseo.

Cuando por fin me fui a vivir con él, aprovechamos para comprar una cama nueva. Me hacía tanta ilusión, mi primera cama de matrimonio, la nuestra además, que obligué a Pablo a dar mil vueltas por los pasillos de IKEA hasta decantarme por una. La misma que había visto al principio, pero quería estar seguro. Para montarla, comprobé cada paso como hacía de niño, la mañana de Reyes, con los castillos Lego.

La estrenamos con un polvo memorable. Después de tantos años juntos, ya no nos quedaban posturas por probar, y aun así agradecemos tener más espacio. Aquella noche, recién corridos, abrazados aún en la penumbra, mi oreja contra su pecho, du-

rante ese instante de marea baja antes de levantarnos a por papel higiénico, me pareció evidente que jamás nos abandonaríamos. Tan seguro me pareció, tan escrito en piedra, que dejé de esforzarme. Para qué perder tiempo insinuándome, pasar frío al desnudarme o tener que untarme de lubricante y ducharme después. Mucho más cómodo darme la vuelta cada vez que Pablo estirase la goma de mi pijama. Me escudaba en un estómago pesado tras la cena o demasiado alcohol. Mejor mañana, decía. Siempre hay excusas para no salir a navegar.

Entonces aún creía que podía compensar cualquier rechazo susurrándole guapo cada mañana, al despertarnos. Guapo. El hechizo perdió efecto enseguida, y Pablo dejó de volverse y mirarme con sus ojos legañosos. Se hacía el dormido bajo la almohada hasta que yo me iba.

Tenía claro que acabaría poniéndome los cuernos. Estas cosas siempre se saben. Luego dije que no me lo esperaba, claro, qué iba a decir. Pero lo sabía. Era evidente en las fiestas, por ejemplo, cuando el talento natural de Pablo para hablar por los codos lo convertía en el centro de atención, un Woody Allen mucho más guapo y algo más alto. Los hombres se arremolinaban a su alrededor, todos presumían de pectorales y bíceps. Reían a cada chorrada de Pablo. Alguno me miraba de vez en cuando, con disimulo, intentando recordar si nos habían presentado. En cuanto me descartaba como competencia, devolvía su atención a Pablo.

Cómo explicarles que a mí también me conquistó así. Que en las primeras citas, Pablo hablaba tanto que nunca necesité buscar palabras que sonaran interesantes. Me limitaba a escuchar, a comerle con los mismos ojos que ponían ellos. Las mismas poses insinuantes, manos que subían la camiseta y enseñaban ombligo casi sin querer. Y Pablo miraba, claro que miraba, de reajo, como quien no se da cuenta o no puede evitarlo, pero sus ojos brillaban y yo lo notaba. La forma en que él fantaseaba con el resto del cuerpo, lo que podría venir después.

Por no quedar como un paranoico, en esas fiestas me quedaba en silencio, sonreía a la nada, desde mi rincón seguía sorbiendo el azúcar que se acumulaba al fondo del mojito. Tan bien asumí mi papel de novio cero celoso que me negué a sumar dos más dos cuando, en pocos meses, su colección de calzoncillos se duplicó. No hice pre-

guntas. Firmé todos los paquetes certificados que llegaban de Aussiebum. Me imaginaba cómo le sentarían a Pablo esos calzoncillos tan vistosos y estilizados, todo lo que le marcarían. Y con eso me tuve que conformar, con imaginármelo, porque apenas se los ponía conmigo, ni siquiera presumía de ellos.

Yo, en cambio, seguía con los mismos calzoncillos desde hacía años. Los compré de rebajas. Pablo criticaba que la goma ya estuviera algo suelta, como también criticaba mi camiseta favorita. Me la ponía en todas las fiestas porque tenía un dibujo de un monstruo que sonreía y además era cómoda. A Pablo eso le traía sin cuidado, la despreciaba en público: siempre te la pones, tendrías que cuidarte un poco. Como me quería tanto, podía ser sincero y yo me dejaba despedazar porque también le quería.

Esgrimió esa misma sinceridad para reconocer que sí, que las manchas de semen eran suyas. Suyas y de otro. Detalló infidelidades, enumeró sus motivos. Lo solo que se había sentido. Las ganas de experimentar. Quise arrancarle las pecas de las mejillas, pero me limité a pestañear, como si le comprendiera. En silencio, hice recuento de mis desplantes. No parecían tantos y sin embargo, ahí estábamos los dos, en un banco mojado del que parecía imposible levantarse.

—Todo el mundo lo hace —dijo Pablo—, todos menos tú.

Hablaba de canas al aire, de tríos, de intercambios de pareja. No hablaba del final. Me ofrecía la oportunidad de elegir. Aún teníamos tiempo. Sonreí, le di un beso. Entre quedarme con todo aunque fuera a disgusto o quedarme sin nada, lo elegí todo. Ya se solucionará, pensé. Es un bache, algo temporal. Somos Pablo y Leo. Todo saldrá bien.

En adelante, cada vez que accedía a las peticiones de Pablo, renunciaba también a mi idea de pareja perfecta. Pero me gustaba verle tan ilusionado con los tríos y las aventuras, ver otra vez en su cara la sonrisa ancha de los primeros tiempos, que hice cuanto me propuso. Mi última línea de defensa fue gritar. Por todo, a todas horas.

Y la gente le apoyó. Todos esos amigos que alardeaban de no tomar posiciones, ahora me miraban condescendientes en las fiestas. Deberías haberle hecho caso mucho antes, deberías haber follado más, o mejor. Ahora no te quejes. Yo me forzaba a

contar nuestros escauceos entre risas, sin ahorrarme detalles porque no pasaba nada, era divertido, pero nadie me decía qué estás haciendo, para. Y necesitaba escuchar eso, que alguien me obligase a frenar en seco. Me había convertido en un kamikaze a punto de estrellarse. Pero todos seguían con sus copas y sus sonrisas de cóctel, mira qué modernos somos que hablamos de parejas abiertas.

A Marta no le conté nada. A Javi sí, y solo él soltó algo sensato.

—Todo esto de los tríos es muy divertido. Siempre que las tres partes quieran.

Solté una risita, pero acabó llegando el día que me vi en el espejo del dormitorio, abierto de patas, con otro cuerpo que me aplastaba y Pablo muy lejos, en una silla, meneándose la polla por encima de sus calzoncillos nuevos de Aussiebum. No me miraba a mí, miraba al otro, que tampoco era tan guapo. Dejé que ese cuerpo extraño me besara. Que me follase y se me corriera encima.

Luego, en el parque, paseando a solas porque el frío del viento sentaba mejor que cualquier ducha, me crucé con una pareja que se declaraba amor eterno por primera vez. Las cosas cursis de los adolescentes, esa forma de cogerse dos manos que todavía no estaban acostumbradas a cogerse.

Podría haber elegido otra ruta, o pasar en otro momento, chico y chica podrían no haberse conocido. Pero no, ahí estábamos los tres, justo delante de una Sagrada Familia más horrorosa a cada nuevo ladrillo que colocaban. El chico se me quedó mirando como si ese primer te quiero, mi vida, me lo dijera a mí y fue entonces cuando algo en mi interior se reactivó. Un engranaje. Noté el chasquido.

Entendí por qué, por más vueltas que diera en la FNAC, no encontraba nada que regalarle a Pablo por su cumpleaños, cuando otros años el problema había sido justo al revés, que se me ocurrían tantas cosas que tenía que seleccionar muy bien, y aun así siempre acababa gastando más de la cuenta. Ya no.

Nos lo habíamos cargado. Todo. Nuestra relación, el respeto mutuo, la confianza. Y ahora no había marcha atrás ni botón de rebobinado ni máquina del tiempo ni Delorean posible para ninguna de las pequeñas cosas en las que yo había cedido por Pablo. Porque en realidad no eran tan pequeñas. Había sorteado las olas una a una, sin

esfuerzo, pero en el viaje de regreso tendría que enfrentarme a un océano entero. Y no me quedaban fuerzas para eso. Así que decidí romper con Pablo. Él se sorprendió. No lo había visto venir, tan perdido estaba admirando las pollas de otros.

Di aquel portazo con una seguridad que no sentía. Cuesta dar pasos mientras el otro observa cómo se encoge tu espalda y los hombros amenazan con temblarte. Y te darías la vuelta para alargar la despedida, repetir el último beso, lo harías si supieras que serviría de algo. Enfilas el último pasillo, el de la muerte, te escoltan todos esos muebles a los que ya nunca volverás a quitar el polvo con miedo de romperlos. Tienes que aguantarte las ganas de mear porque sonaría ridículo pedir permiso para ir al baño en una casa que cinco minutos atrás también era la tuya. Sí: cuesta mucho, pero caminas. Hacia adelante. Hacia ese pomo que te salvará la vida. Sabes que saltar por la borda será la única escapatoria.

Salí del hotel de Granada bien agarrado a mi maleta. Atrás quedaba la dueña. Yo me iba, pero ella continuaría al otro lado del mostrador, esperando al próximo romántico lo bastante loco como para recalar allí.

El rellano, unas escaleras que bajan, otra puerta, lluvia, una calle desconocida. Así se vuelve a la superficie. Donde siempre hay aire.